

Magnolia

Gabriela Polit Dueñas

El sol está matando mi magnolia. La planté pequeña el otoño pasado, apenas me llegaba a la rodilla. Cavé en la tierra el hoyo junto a los restos del viejo magnolio. Recuerdo el día que lo derribaron, ya no era sino un tronco de madera podrida. Un grupo de hombres fue desprendiendo sus ramas y cuando estuvo el tronco desnudo, la sierra mecánica ensañó contra él su rugido feroz. Cuando escuché el golpe seco con el que cayó a la tierra, me estremecí como se estremece el suelo en los segundos de un terremoto. El golpe se quedó colgado de mi cóclea durante días. Llevé el dolor de ese sonido adentro. Cuando lo vi tendido en el suelo, a él, que había sido un ser erguido y admirado por quien pasaba frente a mi casa, mi pena se anidó a su tronco y todo lo que sucedía en el mundo me pareció intrascendente.

Eso tiene que haber sucedido un viernes, porque la vecina recogía los tachos de basura de la calle y los llevaba hacia el fondo de su jardín. El viernes es el día en que pasa el camión de basura. Los camiones, mejor dicho: el marrón, de la basura normal; el azul, de la basura para reciclaje; y el verde, el de compost. ¡Cuánta civilidad!, tenemos categorías que clasifican nuestros desperdicios. Mientras, el tronco de mi magnolio que había sido mi soporte, y que ahora levantaba su vista para mirarme, se iría en trozos junto con las bolsas de hojas secas, en otro camión. Nunca sabré a dónde llevan lo que queda del árbol de quien fui. Quise tirarme al piso para abrazarlo, decirle que no merecía, que toda muerte es injusta, pero la vecina estaba cerca y sentí pudor. Nuestras casas han compartido lindero por más de diez años, aunque nunca pasamos del saludo formal con ese levantar y bajar leve de la cabeza. Nunca un

apretón de manos, un «ten un bonito día», un «feliz día de Acción de Gracias», «feliz año nuevo». Nada. Mi magnolio en el piso, yo con las lágrimas contenidas en la garganta, y ella con el gesto de siempre envuelto en su cabellera plateada. Los hombres que derribaron el árbol no supieron cuánto de mí se fue con él.

Yo había decidido plantar otra magnolia ahí al lado para que acompañara al muñón del árbol que se me había muerto. Esta vez sería femenina. Magnolia. Fue quizá un jueves cuando empecé a cavar el hoyo en la tierra porque recuerdo que saqué los tachos a la calle para no olvidarlo, me suele suceder, y los camiones pasan muy temprano en la mañana. Era una tarde brillante de otoño. La vecina llegó y parecía muy adolorida. La vi porque ella estaciona en la calle y tiene que caminar hasta la entrada de su casa unos quince pasos. Lo hizo doblada. No tuve el coraje de preguntarle qué le pasaba. Casi ni me miró y yo me hice la tonta. Entonces escuché que me llamó. «Señora», y la palabra se coló entre los montones de tierra que yo sacaba con la pala. Alcé la vista y vi que ella trató de levantar la mano sin mucho éxito, apenas se irguieron su dedo índice y el del corazón. Dejé la pala en el piso, me sequé el sudor de la frente con el antebrazo y me acerqué.

—Buenas tardes. *Hi* —dijo—, perdona que moleste, pero ¿podrías sacar los tachos por mí? —Los señaló con el mentón—. Tengo un dolor intenso en el vientre y casi no puedo pararme.

—Por supuesto —le dije. Me dio las gracias, se dio la vuelta y desapareció detrás de la puerta de su casa. No me dio ni tiempo de preguntarle si necesitaba algo más.

Ese sábado fui al vivero y la compré. Tenía el tamaño perfecto, estaba todavía pequeña, sólida, sus hojas abiertas parecían sonreírme. Cuando la saqué de mi camioneta, ya en casa, vi a la vecina sentada en el porche de la suya. Parecía esperar a alguien. Cuando me vio, volvió a hacer el gesto con los dedos. «Señora», dijo, y esta vez la palabra no tuvo que colarse por ningún otro ruido, llegó directo a mis oídos. Me acerqué e hice la usual venia con la cabeza.

—Clara —dije—. Llámame Clara.

—Gracias, Clara. Perdona que moleste. Estoy algo débil y no puedo llevar unos sobres a FedEx. ¿Te molestaría hacerlo por mí? Sé que parece un poco abusivo pedir algo así, pero me es urgente y, sinceramente, me es imposible ponerme de pie. Pensé que por ser sábado...

—No hay problema —la interrumpí—. Voy a plantar mi árbol y los llevo. La oficina de FedEx no queda lejos.

Planté la magnolia, cerré el hoyo con tierra, la regué y cubrí la base con el compost que había comprado para protegerla. El estómago me dio un salto de alegría. Fui hasta la casa de la vecina. Abrió la puerta y me señaló un montón de sobres manila que parecían tener libros o documentos.

—Está todo pago —dijo y me dio un papel. Era el número de cuenta en la que se acreditaría el envío—. ¿Cuánto vas a cobrarme por esto?

La pregunta me pareció ofensiva.

—Eso lo tengo que pagar yo —dijo metiendo sus dedos en la ranura de su billetera.

—Nada —dije.

Notó mi sorpresa y musitó un perdón casi inaudible.

—¿Tienes comida? —le pregunté—. Yo tengo una sopa y algo de pollo. Podría compartirlo.

—Te agradezco. La verdad. No puedo pedir comida preparada porque no aguanto nada en el estómago. Algo casero me sentaría muy bien.

Cuando regresé de dejar los sobres, se la llevé.

Mi árbol empezó a crecer; sus hojas como láminas de luz hasta me hicieron olvidar que ese espacio del patio estuvo una vez alegremente ocupado por un magnolio adulto, serio, sabio y gigante, curtido por las sequías. Mi arbusto estaba sano. Cuando no llovía, lo regaba, y veía cómo proliferaban sus células haciendo crecer una magnolia hermosa, alegre; su juventud era

todas las promesas de la vida juntas, y cuidarla me llenaba de tranquilidad. Para protegerla de las heladas de febrero, le compré una túnica espléndida que la cubría del hielo sin asfixiarla. La túnica fue grande porque, para entonces, ya casi me llegaba a los hombros.

Desde ese día que llevé la sopa a la vecina, después de dejar los sobres en FedEx, establecimos una relación. Las semanas que siguieron ella fue al hospital para operarse de un cáncer. Cuando volvió a su casa, fui yo quien la alimentó. Tenía una amiga que la visitaba, pero vivía lejos y viajaba como tres horas para pasar con ella un día a la semana, generalmente el sábado. Yo amplí mi repertorio de sopas, que era lo que más y mejor podía comer, y las hacía con mucho cuidado de usar ingredientes frescos y orgánicos. Hasta compré unos pírex pequeños para llevárselas. Supe en esos meses que mi vecina era escritora. Que vivía sin lujos de los derechos de sus libros; escribía no ficción y su tema era la guerra. Cuando saqué sus libros de la biblioteca pública para leerlos, no pude. Todos cubrían temas atroces: violencia del ejército de tal país, testimonios de torturas de víctimas de otro país, violaciones como estrategia de guerra en otro país. Algo de esas realidades espantosas explicaba la expresión de su cara. No leí ninguno.

En mayo, un poco tarde en el año, mi magnolia dio sus primeras flores. Sentí una alegría difícil de describir. Fueron cuatro. Yo había escuchado que cada flor de la magnolia es como el fruto de su cumpleaños. Es decir, su primer año de vida, una flor; el segundo, dos, y así. Mi magnolia tuvo cuatro flores en su primer mayo. La primavera fue lluviosa, como antes, cuando el clima era más predecible. El agua abundante la robusteció y para junio estaba casi de mi tamaño. Mi vecina se recuperaba a buen ritmo. Una mañana, cuando ponía más compost en la base del tronco de mi magnolia, la vi sentada en el porche leyendo, sin inmutarse con mi presencia. Me alegré con la misma intensidad con la que me sor-

prendió que no hacía ningún esfuerzo por saludarme, ni siquiera con la venia de su cabeza ahora casi calva.

El verano ha sido brutal. La temperatura no bajó de cuarenta grados por más de dos meses. La ciudad puso restricciones en el uso del agua por la sequía. Las piscinas públicas extendieron sus horarios hasta finales de septiembre porque mucha gente ha muerto de hipertermia. Yo he regado mi magnolia casi todas las noches, dejando que la manguera gotee por veinte o treinta minutos. La cuido como supongo que se cuida a un hijo enfermo. Le he contado historias y he cantado canciones que la alegren. El sol implacable se ensañó con ella, con su alegría, con su juventud, con su belleza. Un sol despiadado y arrogante, arrancando de cuajo la belleza de aquello que podía competir con él. Penetrando con su luz de vida con tal ímpetu hasta volverla mortal, atacó los peciolos de sus hojas tiernas hasta hacer que el verde reventara en un habano descolorido y seco. Cada noche caen hojas que se deshacen como porcelana en la palma de mi mano. Mi magnolia cruje como una anciana cuando todavía no ha cumplido ni un año. Mi tristeza es inabarcable.

Mi vecina ha vuelto a sus rutinas. La vi el jueves a la noche, cuando sacaba sus tachos a la calle. Me saludó como antes, esta vez levantando el mentón. Indiferente. Distante. Podría poner otros adjetivos que la describan mejor. *Mi vecina volvió a sus rutinas. Soberbia, flemática, desagradecida.* Parece no recordar que esta mujer que malhabla su lengua la alimentó por los meses más difíciles de su enfermedad.

Volvemos a vivir al lado, como dos perfectas extrañas, bajo el asesino sol tezano.

Gabriela Polit Dueñas

Es profesora asociada en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Texas (Austin) desde 2008. Antes lo había sido en la Universidad Estatal de Nueva York desde 2002, año en el que obtuvo su doctorado (Universidad de Nueva York). Tiene una maestría en Ciencias Políticas de The New School for Social Research (1996) y una licenciatura en Filosofía de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, en Quito.

Su primer libro, *Cosas de hombres. Escritores y caudillos en la literatura latinoamericana del siglo XX* (Argentina, 2008, Beatriz Viterbo Editoras) es un análisis de la estética de la masculinidad en novelas sobre hombres fuertes.

Su interés por la conexión entre política, violencia y representación le llevó a examinar detenidamente las formas en que el tráfico de drogas ilegales se retrata en la literatura. *Narmando Narcos. Culiacán y Medellín* (Pittsburgh University Press, 2013) es un estudio de caso comparativo de las formas en que se vive y representa este fenómeno en dos ciudades vinculadas a la historia del narcotráfico en la región. En este ámbito, su último libro es *Unwanted Witnesses. Journalists and Conf.* Otro de sus libros de ensayo es *Rompiendo de otras maneras. Cineastas, periodistas, dramaturgas y performers* (múltiples editoriales, 2021)

Ha publicado, en el plano de la ficción, *Historias de la radio* (Editorial El conejo, 1997), *Amsterdam Avenue* (Literal Publishing, 2017), *Agujas / Needles* (Literal Publishing, 2022), *Los libros de otros* (Chatos Inhumanos, 2022) y *Contar historias* (University of Texas Press, 2023).